

CANTO QUINTO

ARGUMENTO.—Gernando se indigna de que Reinaldo pretenda un puesto á que él aspira. Su ciego frenesí le arrastra á su perdición, pues cuando calumniaba públicamente al héroe, éste pudo escuchar sus palabras, y desenvainando la espada y combatiendo con él, le dió la muerte. El hijo de Sofia no quiere sujetarse á la prisión que le impone Godofredo y se aleja del campo, Armida parte satisfecha. Bullón recibe nuevas alarmantes de lo que pasa en la marina.

I

Mientras tanto campeón de tal manera
entretiene en su amor la maga impía,
y no los diez tan sólo que obtuviera,
mas en doblar el número confía;
duda entre sí Bullón á quién confiera
la extraña empresa de que aquélla es guía;
que es la elección del mérito dudosa
en orden tan igual, noble y famosa.

II

Mas con sabio consejo al fin dispone
que elijan sucesor del poderío,
entre todos, del ínclito Dudone
y ése los otros nombre á su albedrío.
Que no será jamás que él ocasione
causa á alguno de cólera ó desvío;
antes así mostrar prudente estima
cuánto el valor de cada cual sublima.

CANTO QUINTO

125

III

Los convoca y les dice: «Mi sentencia
ya de vosotros escuchada ha sido:
no fué negarle amparo á la inocencia;
sí dar más treguas al favor pedido.
De nuevo la confirmo, y sin violencia
aun puede tal consejo ser seguido;
que de civil astucia en los dobleces
es mudar parecer constancia á veces.

IV

»Mas si juzgáis aún que mal conviene
á vuestra fama rechazar fatiga,
y si vuestra altivez á mengua tiene
que asaz prudente parecer se siga;
no será que mi diestra hoy os enfrene,
ni del dado permiso me desdiga;
mas con vosotros, cual mi amor desea,
el yugo del imperio blando sea.

V

»De vuestros votos pues hoy no me alejo,
y la elección que hagáis gustoso admito;
mas antes quiero que en marcial consejo
deis sucesor al muerto jefe invito.
Yo designar á su talante dejo
diez á que sólo el número limito;
que oponer quiere á tan porfiada tema
esto no más mi autoridad suprema.»

VI

Dijo Bullón, y respondió su hermano entre el eco de pública alabanza:
«Cual toca á ti, Caudillo soberano, ese lento juzgar que largo alcanza, así el vigor del pecho y de la mano toca á tus bravos y blandir la lanza; pues lo que alta virtud en tu grandeza fuera en nosotros criminal flaqueza.

VII

»Y ya que al parangón de breve daño servicio tan benéfico responde, irán con la doncella al lance extraño, con tu venia, los diez, cual corresponde.» Así termina, y con tan bello engaño el vivo anhelo que le agita esconde. También los otros de virtud trofeo fingen su amante abrasador deseo.

VIII

El mas joven Bullón, que inquieto mira al hijo de Sofia y con recelos, porque envidioso su belleza admira y el gran valor que otórganle los cielos, lejos le quiere; por su mente gira cauta invención de sus astutos celos, y al temido rival sacando aparte, así le dice con lisonja y arte:

IX

«¡Oh de padre inmortal hijo animoso, de este campo, aun rapaz, gloria y respeto! ¿Quién piensas tú que el escuadrón glorioso á regir alzará común decreto? Yo, que á Dudón apenas el famoso por honra á la vejez viví sujeto; yo, hermano de Bullón, ¿á quién podría sino al hijo doblarme de Sofia?»

X

»Á ti cuya nobleza nadie excede, á cuyo alto renombre el mío calla, por quien Bullón mayor llamarse puede menor acaso en la campal batalla, por mi jefe te pido, si hoy no cede á esa beldad tu pecho y se avasalla; que no ha de ser depongas tus derechos por gloria obscura de nocturnos hechos.

XI

»Ni asunto aquí te faltará glorioso con que más grande tu virtud se eleve. En tanto haré que al cargo poderoso de todos hoy el parecer te lleve; mas como yo revuelvo hora dudoso á do la incierta voluntad me mueve, demando sólo que me des, amigo, ir con la hermosa, ó batallar contigo.»

XII

Así dijo, y los últimos acentos
sin rubor en la frente no acabara.
Reinaldo á sus fogosos pensamientos
con maliciosa risa contestara,
porque profundos menos y más lentos
amor en él sus golpes descargara.
Ni de rivales el temor le apura,
ni á la doncella de seguir se cura.

XIII

La muerte de Dudón siempre delante
de sus ojos está perenne y viva,
y á mengua tiene que el soberbio Argante
breve tiempo no más le sobreviva,
y plácele escuchar que ese imperante
honor el mundo á su virtud prescriba,
y el jovencillo espíritu al sonido
se envanece de aplauso merecido.

XIV

Conque así le responde: «Excelso grado
más merecer que conseguir ansío;
ni porque mi valor me haya ensalzado
cetros debe envidiar ni poderío;
mas si al puesto me llaman, y ganado
por mi virtud le juzgan, será mío,
y grande de vosotros tanta muestra
sabré estimar de la valía nuestra.

XV

»Ni lo rechazo pues ni lo demando;
mas tú serás, si lo alcanzare, electo.»
Aquí le deja Ustauio, y va probando
conquistar de los suyos el afecto.
Mas también ese honor busca Gernando,
y aunque de Armida se rindió al aspecto,
puede en él más que mujeril caricia
de soberbios honores la codicia.

XVI

El cetro que juntara cien naciones
de los noruegos reyes le sublima,
y de su excelsa raza los blasones
y tanto imperio su soberbia anima.
De su mérito propio las acciones
más que heredada gloria el otro estima;
aunque ya por cien lustros vió la tierra
sus abuelos brillando en paz y en guerra.

XVII

Mas el fiero señor que sólo cura
del incienso que al oro se tribute,
y que toda virtud estima obscura
que de títulos regios no disfrute,
no soporta que el puesto que procura
del caballero el mérito dispute,
y de tan ciega rabia se enajena,
que ni respeto ni razón le enfrena.

XVIII

Así el maligno espíritu de Averno,
á quien campo tan fácil estimula,
serpea en él callando, y da gobierno
al vago pensamiento y más le adula:
ya los instintos del rencor interno
más y más exacerba y acumula;
ya en su alma imprime, con que atrozle encona,
dura, secreta voz que así razona:

XIX

«¿Será que audaz con timbres paternos
competirte Reinaldo no rehuya?
Cuente, él que los derechos mide iguales,
la gente esclava y tributaria suya;
los blasones compare y cetros reales
de muerta estirpe con la viva tuya.
¿Y osa tanto el señor de humilde nido
que allá en la sierva Italia fué nacido?»

XX

»Gane ó pierda en la lid, triunfante anduvo
desde que tu rival llamóse un día;
pues el mundo dirá que en gloria tuvo
ser al fin con Gernando á la porfía.
Si el puesto que Dudón primero obtuvo
darte renombre y esplendor podía,
si tú acrecer sus glorias é ilustrarlo;
éste le envileció con demandarlo.

XXI

»Y si en celeste espíritu respira
recuerdo humano que las cosas siente,
¿no será que en los cielos arda en ira,
el buen viejo Dudón, noble y ardiente,
si sobre ese rapaz la vista gira
y en su ciega altivez pone la mente?
¿Si despreciar le ve su edad, su acierto,
y quererle igualar mozo inexperto?»

XXII

»¿Y se atreve, y lo intenta, y aun reporta
en lugar de castigo honor y laude?
¿y hay quien tal le aconseja y quien le exhorta
(¡oh vergüenza común!) y quien le aplaude?
Mas si lo ve Gofredo, y aun soporta
que de lo á ti debido te defraude,
ese oprobio no sufra tu pujanza,
y lo que vale enseñe y lo que alcanza.»

XXIII

Con agitada tea la alta ofensa
al eco de esta voz crece y estalla,
y por los ojos y la boca, inmensa
brota el ira que el pecho le batalla;
lo que en Reinaldo reprehensible piensa
y con que amengua su valor, no calla;
audaz le pinta y vano, y su bravura
llama furor, temeridad, locura.

XXIV

Y cuanto en él de noble y de altanero
y de ilustre y magnánimo se extiende,
todo (truncando la verdad artero)
como vicio y baldón tacha y reprende;
y tan procaz está, que el caballero
émulo suyo el vituperio entiende;
mas no por tanto á corregirse prueba
del ciego arrojó que á morir le lleva.

XXV

Que el genio impuro que su lengua mueve
y le inspira el furor con que baladra,
hace que ultrajes sin parar renueve
y el impio corazón punza y taladra.
Tiene ancho espacio el campo donde debe
siempre unida velar electa escuadra,
y do con juegos y ejercicios diestros
fuertes sus miembros vuelven y maestros.

XXVI

Allí, cuando el concurso el sitio amengua,
del joven habla con la usada incuria,
y cual dardo afilado, en él la lengua
clava teñida en venenosa injuria.
Cerca Reinaldo está, y oye su mengua,
y no más puede contener la furia,
y ¡mientes! grita, y con la frente roja,
desnudo el fierro, al detractor se arroja.

XXVII

Trueno la voz, relámpago el acero
parecen con que el rayo el golpe advierte.
Aquél tembló; ni fácil vió sendero
por do evitar la irreparable muerte.
Mas siendo allí testigo el campo entero,
hace cara de intrépido y de fuerte,
y el duro fierro en desnudar no tarda
y firme en acto de defensa aguarda.

XXVIII

Casi en un punto espadas mil ardientes
brillar se ven, y Aletto las esgrime;
espesa multitud de incautas gentes
acorre de doquier, lucha, se oprime,
y de blasfemas voces ó dolientes
un eco vago por los aires gime,
como en las playas braman confundidos
de las olas y el viento los sonidos.

XXIX

Mas del ofenso príncipe no alcanza
grito común á suspender el ira.
Desprecia toda voz y á la venganza,
vallas rompiendo, su violencia aspira:
ya por entre armas y hombres se abalanza,
ya la fulminea espada en torno gira,
ya el campo limpia, y solo y afrontando
á defensores mil, llega á Gernando.

XXX

Y con la mano, aun en furor maestra,
 cien golpes sobre aquél tira y comparte;
 á la cabeza, al pecho; ya á la diestra
 con cauto ardid, ó á la contraria parte.
 ¡Ay! su espada veloz, cruda, siniestra
 no es posible seguir; que engaña al arte,
 é imprevista y fatal, yelmo y coraza
 y miembros rompe y trunca y despedaza.

XXXI

Ni hasta hundirle paró cabe la cinta
 una y dos veces la soberbia punta.
 Cae el mezquino en tierra, y ya se pinta
 pálida muerte por su faz difunta.
 La espada aparta, con la sangre aun tinta,
 y no más de ello el vencedor pregunta;
 mas parte á otro lugar, y allí con pena
 el perturbado espíritu serena.

XXXII

Á Bullón, que al rumor llegaba en tanto,
 se ofrece el cuadro horrible descubierto:
 tendido allí Gernando, el pelo y manto
 sucios de polvo y sangre, el rostro yerto.
 Las quejas oye y el clamor y el llanto
 que elevan todos sobre el cuerpo muerto,
 y atónito pregunta quién tan crudo,
 así, en tal sitio, desmandarse pudo.

XXXIII

Arnaldo, al noble príncipe muy quisto,
 cuenta y en su discurso agrava el caso:
 que le mató Reinaldo (y él lo ha visto)
 con loca furia, por motivo escaso;
 que aquél al fierro, que ciñó por Cristo,
 de Cristo en los campeones abre paso;
 que despreció sus órdenes, y ahora
 el bando quebrantó que nadie ignora;

XXXIV

Que reo es hoy de muerte, y el castigo
 sufrir le toca que la ley prescribe,
 por lo que acción tan vil lleva consigo,
 porque el lugar y edicto le apercibe;
 que á la maldad de muchos dará abrigo
 crimen tan grande, si perdón recibe;
 porque de ofensa donde juez no alcanza
 tomará el ofendido la venganza.

XXXV

Y así do quiera brotarán pasiones,
 discordias, lucha, desunión funesta.....
 Y aquí ensalzó del muerto los blasones
 y cuanto compasión y enojo presta.
 Mas combate Tancredo sus razones
 y del reo la causa pinta honesta.
 Los oye atento, y con su faz Gofredo,
 mayor que la esperanza, inspira el miedo.

XXXVI

Tancredo le decía: «Considera
quién es, señor, Reinaldo nuestro amigo;
cuán grande es hoy por su virtud guerrera,
por el blasón que real lleva consigo,
por Güelfo su gran tío. No el que impera
en todos igualar debe el castigo:
si á cada grado varia ley se ajusta,
sólo entre iguales la igualdad es justa.»

XXXVII

Y el Capitán: «De la más alta esfera
obediencia aprender la humilde debe.
Mal, Tancredo, aconsejas: torpe fuera
sufrir la audacia que á los grandes mueve.
¿Cuál mi imperio sería si rigiera
sólo caudillo de abatida plebe?
¡Ah! si ese fin en mi elección penetro,
no quiero, no, tan humillante cetro.»

XXXVIII

»Mas pues lo obtuve libre y venerando,
no sufriré que su vigor se ablande;
que mi razón bien sabe cómo y cuándo
premio y castigos alternados mande,
ó de igualdad las leyes respetando,
no del pequeño separar al grande.»
Dice, y nada Tancredo respondía;
que respeto su acento le imponía.

XXXIX

Raimundo, imitador de la severa
rígida antigüedad, le oye y admira.
«Así, decía, el que prudente impera
á sus vasallos reverencia inspira;
pues no es ya allí la disciplina entera
do premio y no castigo el hombre mira;
que los reinos deshace la impotencia,
y sin temor, dañina es la clemencia.»

XL

Estas palabras acogiendo, breve
de ellos Tancredo apártase al momento,
y su caballo hacia Reinaldo mueve
que aligero rasgar parece el viento.
Cuando hubo aquél de su contrario aleve
vengado la agresión, volvió á su asiento.
Tancredo allí le halló y en breves modos
sencillo le narró sus pasos todos.

XLI

Y le añadió después: «Aunque lo externo
del rostro signo de verdad no sea,
porque suele en lugar de sobra interno
de los mortales residir la idea;
con todo, yo por lo que de él discierno,
oso decirte que Bullón desea
imponerte en prisiones el castigo
y cual reo ordinario obrar contigo.»

XLII

Sonrióse Reinaldo, y con un gesto
do entre la risa el gran desdén lucía,
«Su causa á defender se halle dispuesto
entre hierros quien siervo fué, decía.
Yo nací libre y á morir me arresto
antes que atada ver la planta mía.
Esta mano entre hazañas se desfoga,
y al fierro está enseñada, y no á la sogá.

XLIII

»Pero si así muy ínclitas acciones
paga Bullón, y encadenarme idea
como á un hombre del vulgo, y mis blasones
manchar hoy quiere con prisión plebea;
venga; le aguardo; ó mande á sus varones,
y juez entre los dos la lanza sea.
¡Quiere tragedia atroz se represente,
por él dispuesta, á la enemiga gente!»

XLIV

Dice, y pide el arnés y ciñe el busto
del acero finísimo y la frente;
es de su inmenso escudo el brazo onusto;
el flanco el peso de la espada siente,
y en aspecto magnánimo y augusto
brilla entre armas cual rayo refulgente.
Así Marte, de fierro y saña fiera
ceñido, baja de la quinta esfera.

XLV

Aquel soberbio corazón Tancredo
rendir en tanto y ablandar procura.
«Joven invicto, dice, á tu denuedo
no hay empresa, lo sé, penosa ó dura,
y nunca más que entre las armas puedo
mirar tu gloria y tu virtud segura;
mas ¡no permita Dios que hoy tan siniestra
para daño común alces la diestra!

XLVI

»¿Qué piensas, dime, hacer? ¿Querrás las ma-
con sangre de civil guerra mancharte, [nos
y con ímpias heridas de cristianos
traspasar á Jesús de quien son parte?
¿ú honor precario de respetos vanos,
que cual onda marina llega y parte,
en ti podrá cuanto la fe y el celo
de la gloria que eterna guarda el cielo?

XLVII

»¡Ah, no sea! Repórtate y quebranta
la altivez que tu espíritu embravece.
Cede, no por temor, por virtud santa;
que al sacrificio Dios la palma ofrece.
Séate ejemplo yo, si prueba tanta
en edad juvenil serlo merece.
Fuí también provocado, y me contuve,
y con las cruces á la lid no anduve.

XLVIII

»Pues mandé entre los campos de Cilicia
y allí de Cristo enarbolé la enseña;
acudió Baldovino, y con malicia
en dominarla por traición se empeña;
que tanta viendo su amistad propicia,
torpes sospechas mi lealtad desdeña.
Luego, aunque pude recobrarle armado,
sufrí, con todo, abandonar mi estado.

XLIX

»Mas si los yerros evitar pretendes
y del yugo opresor el peso inundo,
y seguir la opinión y el uso entiendes
que por leyes de honor aprueba el mundo,
yo á disculparte quedaré; tú emprendes
á Antioquía el camino y á Boemundo;
que es más prudente y sano que el severo
evites de Bullón juicio primero.

L

»Pronto será (si aquí viene á juntarse
de Egipto ó Libia el impetu pagano)
que más puro y brillante llegue á alzarse
tu gran valor, mientras estés lejano;
pues sin ti el campo inerme ha de mostrarse
como cuerpo á quien falta brazo ó mano.»
En esto acude Güelfo, y la partida
aprobando, á avanzarla le convida.

LI

A estos consejos, la enojada mente
del inclito garzón se muda y plega;
tanto, que separarse prestamente
de aquel sitio á los suyos no les niega.
Allí en tanto concurre amiga gente
que seguir su bandera busca y ruega:
gracias da á todos, y escuderos toma
dos tan sólo, y ecuestre al campo asoma.

LII

Parte, y ardiendo va de eterna y alma
gloria, de altos instintos siempre dueña.
Lleva á empresas de honor atenta el alma,
en mil hazañas inauditas sueña,
y á los contrarios ir, y muerte ó palma
conquistar por la cruz que al pecho enseña,
y hasta el Egipto entrar, y á do tranquilo
de su incógnita fuente brota el Nilo.

LIII

Apenas Güelfo su furor quebranta
y el ansia de partir le enciende adentro,
do espera hallar al Capitán, la planta
veloz dirige y de su hueste al centro.
Mas cuando aquél le ve, la voz levanta,
«Güelfo, exclamando, á punto hora te encuen-
pues de ordenar acabo que gran parte [tro;
salga de mis heraldos á buscarte.»

LIV

Luego despide á todos, y en severa
plática empieza con acento suave:
«Por cierto ¡Güelfo! el ánima altanera
tu audaz sobrino dominar no sabe;
y tú razones ó disculpa entera
en vano á falta buscarás tan grave.
Si hallar pudiera de salvarle modos.....
Mas Gofredo es caudillo igual con todos;

LV

»Y de lo justo y de lo honesto y pío
custodio y defensor se denomina,
libre siempre guardando el albedrío
de indigno afecto y de pasión mezquina.
Si á violar pues Reinaldo el bando mío
y el freno á quebrantar de disciplina
forzado hallóse, como el vulgo cuenta,
¿por qué á mí sus descargos no presenta?

LVI

»Sujeto sólo á su palabra venga:
esto, á que alcanza mi poder, consiento.
Mas si aun es que rehacio se detenga
(conozco bien su indómito ardimento),
á ti por guía y consejero tenga;
y no á varón apure manso y lento,
á que á la ley otorgue veneranda
cuanto el imperio y la razón demanda.»

LVII

Calla, y Güelfo responde: «Nadie alcanza
(como de tacha vil libre se diga)
á escuchar su baldón, y á quien lo lanza,
pronto, en el acto, allí no le castiga.
Si al detractor oprime su venganza,
el fuego de la injuria es quien le obliga.
¿Quién, hirviendo la lucha, pesa y mide
la ofensa y de los golpes cuenta pide?

LVIII

»Bien me apena, en verdad, que al soberano
juicio tuyo el garzón venir no pueda,
señor, cual lo demandas; pues lejano
ha tiempo ya que de los reales queda;
mas me ofrecí á probar que es un villano
el que su fama á denostar proceda,
y á que la injusta ofensa justamente
supo sólo vengar su espada ardiente.

LIX

»Con razón, digo, del feroz Gernandó
á la hinchada altivez truncó la testa.
Si en algo erró, fué sólo en que á tu bando
(y esto me duele asaz) honor no presta.»
Respondióle Bullón: «Pues lleve errando
á otros sitios su cólera molesta.
No vengas tú á sembrar nueva discordia;
y ¡oh, por Dios! de una vez guardad concordia.»

LX

Por dar aumento á su caterva en tanto
 nada olvidó la engañadora impía.
 Ruega mientras la luz, moviendo cuanto
 su ingenio y arte y su beldad podía,
 y después, cuando envuelta en negro manto
 la noche al Occidente empuja el día,
 con dos pajes, y damas que ella escoge,
 al fondo de sus tiendas se recoge.

LXI

Mas si bien de engañar maestra sea
 y su ademán y acento persuasivo;
 si bien tan linda, que jamás la idea
 antes pudo soñar tanto atractivo;
 y aunque en los héroes más famosos crea
 de un pertinaz halago el incentivo,
 al piadoso Bullón el dulce encanto
 rendir no logra de deleite tanto.

LXII

Quiere en vano turbarle y con dulzura
 letal llevarlo al amoroso anhelo;
 que cual pájaro ahito, que do apura
 su cebo el cazador, no tiende el vuelo;
 harto él también de mundanal locura,
 por más áspera senda busca el cielo.
 Así con faz tan bella nada alcanzas,
 y él deshace, impio amor, tus asechanzas.

LXIII

Obstáculo ninguno ya separa
 al que guía de Dios la santa diestra;
 mas ella en formas mil con arte rara
 como nuevo Proteo se le muestra,
 tal que á encender el corazón sobrara
 más helado al amor la audaz maestra.
 ¡En vano aquí!; pues su artificio sumo
 el divino favor convierte en humo.

LXIV

La hermosa dama, que al mortal más casto
 vencer de un golpe y abrasar pensaba,
 ¡cómo hora pierde la altivez y el fasto,
 y está de asombro y de soberbia brava!
 Por revolver sus fuerzas do contraste
 no encuentre tan tenaz su orgullo acaba;
 cual Capitán que á otra región la guerra
 lleva, dejando inexpugnable tierra.

LXV

También Tancredo el corazón sereno
 entre las artes conservó de Armida;
 que hace el fuego inmortal que arde en su seno
 imposible á otro nuevo hallar cabida;
 pues si de uno preserva otro veneno,
 no es mucho que un amor al otro impida.
 A estos dos solos no venció: su llama
 ó mucho ó poco á los demás inflama.

LXVI

Ella, si bien se duele que al amaño
no responda completa su ventura,
viéndose dueña de escuadrón tamaño,
consuelo con tal presa se procura;
y antes que otros recelen del engaño
quiere á parte llevarlos más segura,
do con cadena sujetarlos trata
¡cuán otra ¡ay Dios! de la que aquí los ata!

LXVII

Llegado en tanto el término prefijo
por Bullón á la empresa, la celeste
virgen buscóle y plácida le dijo:
«Señor, el día señalado es este.
Si oyera el impio rey, que Alá maldijo,
que acudí yo al socorro de tu hueste,
su gente á la defensa aprontaría,
y no la empresa tan cabal sería.

LXVIII

»Antes pues que á su oído esos recelos
cierto espía ó dudosa fama lleve,
elijan en tu campo tus desvelos
escuadra para mí contada y breve;
que si no miran con desdén los cielos
mi inocencia y la gloria que los mueve,
volveré al trono, y la alcanzada tierra
tributaria tendrás en paz y en guerra.»

LXIX

Concluyó así, y el Capitán concede
lo que en razón negarle no podía,
si bien prestarse á la elección no puede
que tanto ya para la marcha urgía;
mas de los diez ser cada cual no cede,
contrastando en indómita porfia,
y aleja más y más de contennellos
la emulación fatal que hierve en ellos.

LXX

Lee en sus pechos Armida, y la cautela
se propone doblar y el fingimiento,
y ya la impía de temor los hiela,
ya de celoso abrasador tormento;
que sabe asaz que sin activa espuela
viejo se hace el amor, penoso y lento,
cual corcel que no así se precipita,
si otro al lado no siente que le incita.

LXXI

Ella el dulce mirar, la risa blanda
reparte y las palabras, tan proterva,
que la ajena fortuna aquél demanda
y el miedo y la esperanza éste conserva:
tras de un rostro falaz ¡tan fácil anda
de los amantes la infeliz caterva!
y ni ya la vergüenza los detiene,
ni el Capitán que á prenderlos viene.

LXXII

Éste, que á todos á templar aspira
y es sólo extraño al amoroso idioma,
tanto que al verlos delirar, la ira
con el sonrojo por su frente asoma;
cuando tenaces en su afán los mira,
nuevo consejo para unirlos toma.
«Vuestros nombres se escriban, y en un vaso
se pongan, dice, y juez dicte el acaso.»

LXXIII

Revuelto en urna breve allí se agita
ya cada nombre del amante coro,
y es el nombre primero que milita
el conde de Pembrok Artemidoro.
Luego una aguda voz «Gerardo» grita,
y Venceslao después, el que en desdoro
de su antiguo saber, juicio y talante,
hoy rapacea imbécil, viejo amante.

LXXIV

¡Ay, de esos tres primeros, que el acaso
en su amoroso afán hábil secunda,
cual se alegra la faz y se abre paso
por los ojos el bien que el alma inunda!
Los demás cuyo nombre encierra el vaso
recelos muestran y ansiedad profunda,
y allí penden atentos de la boca
á que los nombres proclamar le toca.

LXXV

Gastón el cuarto vino; después llega
Rufo, y luego Olderigo el temerario;
Guillermo Rosellón tras éstos juega,
y el franco Enrique, y bávaro Erberario.
Rambaldo fué el postrero, que reniega
su ley, más tarde, de Jesús contrario:
¡Tanto puede el amor! Son excluidos
los restantes, con él los diez cumplidos,

LXXVI

De envidia y celos y de rabia ardientes,
declaran de la suerte injusto el ceño,
y te acusan ¡oh amor! porque consientes
que impere en la región donde eres dueño;
mas como signo fué de humanas gentes
lo vedado anhelar con doble empeño,
para seguirla aguardan con presura
muchos la sombra de la noche oscura.

LXXVII

Por ella perecer su audacia cuenta
y sin tregua seguirla noche y día.
Y ella con voz llorosa los alienta,
tierna emoción mostrando á su porfía.
Con cada cual la inicua se lamenta
de que partir con él la convenía.
Ya en tanto armados, de Bullón ligeros
á despedirse van los diez guerreros.

LXXVIII

Uno por uno el jefe, en sabia y corta
plática los dispone á aquella lucha;
les pinta el daño que evitar importa;
la fe poca del moro y maldad mucha.
Mas ¡ay! su labio en balde los exhorta;
que prudente consejo amor no escucha.
Despídelos por fin, y la doncella
sólo espera del alba la luz bella.

LXXIX

Marcha, y en derredor la victoriosa
cual prisioneros en función triunfante
á los rivales lleva, y pesarosa
deja de los demás la turba errante;
mas cuando trae la noche misteriosa
los sueños vanos y el silencio amante,
como amor les da traza, con secreto
muchos en busca van del dulce objeto.

LXXX

Eustaquio comenzó. Su amante fuego
la sombra apenas aguardar podía,
y en ciega obscuridad rector más ciego
con presuroso afán le lleva y guía.
Vagó en la mansa noche; pero luego
que trajo el sol ardiente el almo día,
ve de Armida el tropel patente y claro
donde les dió un hostel nocturno amparo.

LXXXI

Hacia allá se adelanta, y por la enseña
Rambaldo le conoce, y ya le envida
la causa á descubrir que allí le empeña.
«Vengo, responde, á acompañar á Armida,
que tendrá, si mi oferta no desdeña,
ayuda pronta en mi lealtad cumplida.»
Replica el otro: «Y para tanto honor
¿quién te ha elegido?» Y le responde: «Amor.»

LXXXII

«Amor me eligió á mí, y á ti fortuna:
¿quién de entrambos de juez más digno parte?»
Y Rambaldo después: «Ficción ninguna
te puede aquí valer ni inútil arte;
no á tanto que la virgen regia aduna
legítimo adalid podrás mezclarte,
ilegítimo siervo.» «¿Y quién lo quita?»,
el jovencillo con furor le grita.

LXXXIII

«Yo, yo mismo», Rambaldo le repuso,
y al decirlo, el camino le aminora,
y con ímpetu igual sale el intruso
desnudando la espada cortadora;
mas aquí tendió el brazo y se interpuso
entre ellos de las armas la señora,
y dice al uno: «Pues ¿tu pecho siente
que nuevo defensor mi campo aumente?»

LXXXIV

»Si estimas mi salud, ¿por qué me privas del nuevo amigo en ocasión tan cruda?»
Y al otro: «Grato y oportuno arribas de mi vida y mi honor insigne ayuda. No seré yo quien pague con esquivas muestras al noble pecho que me escuda.»
Mientras esto decía, cada instante va llegando en su busca nuevo amante.

LXXXV

Éste ignora de aquél que por inverso rumbo llega, y airado le recibe, y ella con rostro y ademán diverso su gratitud á todos les describe. Mas el vapor nocturno ya disperso, Bullón de los fugaces se apercibe, y algún futuro daño se imagina en su mente de males adivina.

LXXXVI

De polvo y de sudor la faz bañada, llega en tanto á las tiendas militares un mensajero: triste su mirada le muestra en guisa de quien trae pesares. Prorrumpe así: «La inmensa egipcia armada pronto, señor, se mostrará en los mares, y Guillelmo las nuevas (el que rige las genovesas proras) te dirige.

LXXXVII

»También á esto se junta que al traerte aquí desde las naves provisiones, obstáculo á su paso hallaron fuerte los cargados camellos y bridones, mientras los guardias todos, ó la muerte sufrieron combatiendo ó las prisiones, del árabe rapaz en una falda asaltados por frente y por espalda.

LXXXVIII

»Y es la licencia y ánimo insolente de esos errantes bárbaros tan grande, que cual larga avenida es ya frecuente por todo el suelo en torno se desmande. Para imponerlos pues será prudente de electa tropa un escuadrón se mande, que limpie de esas hordas el camino que va del campo al golfo Palestino.»

LXXXIX

De boca en boca rápida al momento la repetida nueva corre y vaga; al vulgo militar gran desaliento lleva el temor del hambre que le amaga; y el Capitán, al ver que el ardimiento sólo en sus soldados hoy se apaga, el espanto borrar que los ofusca con rostro alegre y con palabras busca.

XC

«¡Oh vosotros, que en tanto apuro extraño
del cielo y mar sufristeis el castigo;
brazos de Dios, que á reparar el daño
de la cristiana ley estáis conmigo;
los que el poder de Persia y griego engaño,
los que el calor, la nieve, el desabrigo,
y peste y sed y el hambre roedora
vencisteis hasta aquí! ¿Tembláis ahora?»

XCI

»¿Conque el favor celeste que os rodea,
tan probado en tropiezos más fatales,
confianza no os da ya, cual si otra idea
envolvieran los juicios eternos?
Pronto día vendrá que blando os sea
contar, felices, los sufridos males.
Resistid pues y de la vida el fuego
para el próximo sol guardad, os ruego.»

XCH

Diciendo así, de la escasez presente
alivia en todos la temida ofensa,
mientras en cuidados mil arde su mente
y carga oprime al corazón inmensa.
Cómo salvar del hambre tanta gente,
en la penuria que amenaza piensa;
cómo á la escuadra los cruceros tome
y al árabe rapaz contenga y dome.

CANTO SEXTO

ARGUMENTO.—Argante manda un desafío á todos los cristianos. Otón, llevado de un generoso sentimiento, corre á medirse con él. Argante le derriba y le hace su prisionero. Tancredo traba con el sarraceno un gran combate, que es suspendido por irse acabando la luz del día. Erminia quiere curar las heridas de su amado, y con este objeto sale de la ciudad durante la noche.

I

Conforta en tanto á la ciudad sitiada
esperanza mayor y la asegura;
que de alimentos provisión colmada
entra á la sombra de la noche oscura.
También de armas y máquinas poblada
la austral muralla alivio se procura,
y hoy alzada y maciza, no hay le inquiete
ni bombardas robusta ni alto ariete.

II

Y el Rey, ó de estas obras ó de aquellas
hace henchir y elevar el débil lado,
cuando ilumina el sol, cuando de estrellas
el azul firmamento está sembrado.
Ya en labrar nuevas armas fuertes, bellas,
suda el artista y el ferrón tiznado.
Andaba en esto el Rey cuando arrogante
encarando con él le dice Argante: